

5

Producciones colectivas en tiempos de pandemia

Jóvenxs investigadorxs del IDAES
discuten impactos sociales,
económicos y culturales del
COVID-19

De convivencias arrebatadas: parejas en tiempos de coronavirus

Maximiliano Marentes

Doctor en Ciencias Sociales

Becario posdoctoral de CONICET con sede en IDAES/UNSAM



Instituto de Altos
Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

Más información

investigacionidaes@gmail.com

Introducción: compartiendo preocupaciones

Entre las cosas de las que hablamos con mi amigo Marcos podemos enumerar cuestiones referidas a nuestras carreras académicas, a los secretos para que la compostera urbana no se llene de cucarachas y a nuestras bendiciones: los perros. Apenas comenzado el aislamiento social preventivo y obligatorio en Argentina —20 de marzo de 2020—, nos bombardeamos a audios por una preocupación que era central: ¿podíamos o no sacar a los perros a hacer pis a la esquina? Audio va, audio viene, y me comenta que Tomi, su *novio* le había dicho que irían con Papparazzo hasta la plaza. Enseguida, en el mismo mensaje, Marcos me explica: Tomi había ido a pasar la cuarentena a su casa.

A lo largo de estas páginas propongo una reflexión sobre las relaciones de pareja en el marco de una pandemia mundial. No intento establecer una generalización a partir de anécdotas ni *tirar la posta*. Solamente busco, como se nos pide que hagamos en estos casos, pensar cómo este suceso inédito ilumina algunas cuestiones referidas a la *naturaleza* de las relaciones de pareja, tema en el que me vengo especializando hace unos años. Y para ello, parto de la reflexión sobre las *convivencias arrebatadas*¹.

No estoy tan seguro si el adjetivo *arrebatado* sea el más adecuado para caracterizar las convivencias. Cuando se cocina una carne, que haya sido arrebatada no suele ser una buena señal de la cocción. Por el contrario, está salpicado de una imagen peyorativa y crítica. Considero que el estupor acerca del calificativo nos puede servir para llamarnos la atención sobre una primera cuestión: ¿hay un punto justo para la convivencia? Este breve artículo tiene por objetivo volver a pensar al amor y a las parejas en su constante imbricación o contaminación con las cosas del mundo: como lo político o un coronavirus.

Lo que el virus y la cuarentena le hacen a las parejas

Mercedes, otra amiga, antes de irse a pasar la cuarentena con *El pibito* o su novio desde hace un tiempo, me mandó un audio preguntándome cómo podía hacer para dejarles suficiente agua a las plantas. Previsora, supo desde el día uno de la cuarentena que se iba a extender por tiempo indeterminado. Sea por intuición, exageración o previsión, algo obvio sucedía: nos estamos enfrentando a algo nuevo de lo que sabemos poco.

Existe una muy extendida imagen de que las parejas se forman solamente por dos personas. Y, para el caso de las relaciones modernas, esa unión se establece —o así creemos que debería ser— a partir de la libre voluntad de dos personas que se aman —o se quieren, o se tienen afinidad— y deciden apostar a esa unión. Desde esta perspectiva, no importa a qué se enfrenten ya que el amor debería ser más fuerte. Esta idea se puede ver en casi cualquier película, pues algo central de la gramática de la conformación de parejas por amor es que este recurso está presente incluso en películas de ciencia ficción, de guerra o de terror. De allí que muchas veces se critique la falsedad de la imagen que se proyecta en los medios de comunicación: *el amor que todo lo puede*.

¹ Advertiré a quien lea que uso cursivas para resaltar algunas palabras porque considero que las comillas cortan el flujo de la lectura. Además, señalo con este mismo signo gráfico términos sobre los que voy a volver.

Para hacer justicia a lo que muestra la televisión, las parejas nunca se reducen a dos. En *The walking dead*, o al menos en sus primeras temporadas, la pareja protagonista está constantemente re-ensamblándose² a partir de la presencia del hijo, del amigo de él que coquetea con la esposa y de algo nada menor como es la epidemia zombie, entre otras muchas cosas. Las parejas, por lo tanto, no se reducen nunca a dos personas. Habitualmente hay dos protagonistas, a quienes llamo *partenaires*. Pero también hay otras personas —familiares, amistades, otras personas que coquetean con alguno de estos *partenaires*— y cosas —regalos, sueños, mascotas, viajes, entre muchas otras.

Que haya muchas más cosas en el proceso de constitución constante que es una pareja no sería tan problemático si no fuera porque esas otras cosas no son tan accesorias como querríamos creer. Esas personas y esas otras cosas hacen cosas, que pueden tender a unir las partes y estabilizar la pareja o, por el contrario, a separarla. Por lo que, siendo justos con el coronavirus, es necesario ver qué hace para arrebatarnos las convivencias.

Redundando en lo que ya más o menos sabemos, es necesario establecer ciertos acuerdos para reflexionar sobre cómo se inscribe esta pandemia en la trama de muchas relaciones entre *partenaires*. Primer punto, se trata de un virus nuevo, para el que no tenemos por el momento muchos modos de combatirlo. Segundo, el virus tiene un nivel de contagiosidad y transmisibilidad muy alto, por lo que en poco tiempo mucha cantidad de personas se pueden infectar. Tercero, por la falta de vacunas y medicamentos para hacerle frente, se estableció que el distanciamiento social es una de las mejores medidas. Cuarto, y no menor, en nuestro país el aislamiento social, preventivo y obligatorio, también llamado cuarentena, fue decretado por el gobierno nacional en un estadio relativamente temprano de la infección. De allí que el coronavirus, y su correlato, la cuarentena, se inscribe en las parejas haciendo eso: el virus contagiando, la cuarentena sirviendo como mejor forma de evitar la propagación. Se abre un nuevo desafío a las parejas, ¿qué hacer con estas cosas?

Arrebatando la convivencia como solución

Tanto Martín con Tomi como Mercedes con *El pibito* optaron por pasar la cuarentena juntos. De ese modo, llevaron a su relación de pareja a otro punto al intentar estabilizarla —sea momentánea o permanentemente— con una convivencia arrebatada. Sería conveniente preguntarse si era el momento justo de tomar esa decisión. ¿Era adecuado que la convivencia se diera ahora, en tiempos de pandemia? ¿O lo mejor hubiera sido esperar a que todo *volviera a la normalidad* para acordar mejor cómo dar ese siguiente paso?

El mito de que el amor todo lo puede se emparenta con otro mito: sobre el carácter puro de aquel sentimiento. Desde esta perspectiva, habría una esencia en el amor que nos llevaría a contemplarlo como algo puro que no debe mancharse ni contaminarse con las cosas mundanas de la vida: ni con la lavandina que usamos para limpiar todo, ni con el alcohol en gel, ni mucho menos con un virus que viene vaya a saber de qué murciélago. Viviana Zelizer³ explica muy bien este mito a partir de la idea de la teoría de los *mundos hostiles*. Para quienes se alinean bajo esta perspectiva, las relaciones humanas íntimas en las que priman —o deberían primar— los sentimientos y las

² La idea de pensar en el proceso de ensamblaje de las parejas se desprende de la propuesta de Bruno Latour (2008), al plantear que no hay que tomar lo social como dado, sino que es necesario reconstruir su proceso de constitución. Propongo hacer algo similar con las parejas, al pensarlas como una red que está en constante ensamblado.

³ Para analizar estos argumentos, puede verse Zelizer (2009).

emociones, deben mantenerse por fuera de las lógicas que intentan enchastrarlas con cosas tan poco íntimas como son los intereses mercantiles⁴. Forzando el argumento, desde la perspectiva de los mundos hostiles, todo bajo la órbita del amor debería hacerse por eso, por amor. Incluso, decidir cuándo convivir.

Pero ese mito choca con la realidad. Y muchas veces, el momento justo para irse a vivir juntos no fue un enamoramiento tal sino una cuestión económica: a alguien se le vencía el contrato de alquiler y haciendo cuentas, era más conveniente repartir gastos. Zelizer también reflexiona sobre quienes se encuentran en la vereda de enfrente a la de los mundos hostiles, a quienes denomina los teóricos del *tan solo*. Cuando quienes defienden la pureza de los sentimientos tropiezan con una pared para explicar que la convivencia no se dio por amor sino por una necesidad económica, se escucha una poderosa y cínica risa de quienes se jactan de entender cómo funcionan *realmente* las cosas. Así, amparados en estadísticas que *muestran* que las personas buscan, por medio de las estrategias matrimoniales, reproducir la clase social⁵, le chistan a quienes creen en el amor aquella famosa frase estadounidense: *Es la economía, estúpido*.

Al igual que Zelizer, no queremos estar ni de un lado ni del otro de la grieta. En pos de zanjarla, le diremos a quienes creen que la intimidad es algo puro que debe mantenerse al resguardo de todas las demás cosas que llegaron tarde: que la intimidad está en una constante mezcladora de cemento con otras cosas. A quienes se jactan en su cinismo de reducir todo, por ejemplo, a una cuestión económica, le diremos que efectivamente la economía siempre está presente, del mismo modo que los sentimientos permean las transacciones mercantiles. Por eso nos proponemos escuchar a las personas y recuperar sus experiencias, en las que seguramente no prime la pureza del amor, pero tampoco se reduzca todo a un intercambio signado por la lógica de costo-beneficio.

Como si el *berenjenal* no fuera lo suficientemente grande, aparecen otras voces para explicarnos que los éxitos en las relaciones de intimidad se deben a otro factor: a la lógica comunicativa⁶. Este grupo de expertas y expertos suele utilizar palabras lindas y un tono de voz adecuado y pausado para hacernos entender que para que las relaciones amorosas no fracasen *se debe* —pues sí, tienen un estilo prescriptivo— revisar en lo profundo del interior del sí para poder comunicar claramente a la otra persona qué cosas nos sucede⁷. Uno de los problemas de este modelo es que tiene las *peores mañas* de quienes defienden la pureza del amor y de quienes lo reducen a una lógica economicista. Con los primeros, se asemeja la ontologización: ahora ya no del sentimiento, sino del yo profundo, aquel a quien nos debemos acercarnos para conocernos y mantener las mejores relaciones. Con los segundos, comparten la propuesta de una racionalización de las relaciones sociales, pues es factible establecer acuerdos que sean lo suficientemente claros para escudarse en el famoso dicho: *quien avisa no traiciona*. El gran obstáculo que enfrenta este modelo es, nuevamente, la realidad —¿o las realidades?— con la que choca.

Por eso, salvando la grieta que describe Zelizer, pero también corriéndonos del modelo de la racionalidad comunicativa, entendemos que no existe un momento *justo* para dar el paso de la convivencia. Pero, paradójicamente, sí existe. El momento justo es cuando los *partenaires* anudan su pareja para embarcarse en aquella empresa en pos de dar más solidez a algo que es sumamente frágil: una pareja.

⁴ Por mencionar un ejemplo, véase Fromm (1981).

⁵ Como ejemplo puede citarse a Bourdieu (2011).

⁶ Eva Illouz analiza estos procesos a la luz de la masificación de las terapias psicológicas, de gran influencia a la hora de comprender el fenómeno amoroso. Véase Illouz (2007, 2009, 2010, 2011).

⁷ Véase, por ejemplo, los consejos que profesionales de la psicología, en tanto representantes del saber experto para hablar sobre amor, dan a las parejas para enfrentar la pandemia. [Ir a la nota.](#)

De la fragilidad de los vínculos de pareja

Victoria, una amiga de Rosario, en verano comenzó a charlar virtualmente con Lautaro, un joven unos años más chico. Se vieron por primera vez en enero. Tanto ella como él habían planeado un 2020 con determinados proyectos: una continuaría estudiando una sola carrera, otro pensaba mudarse a un país europeo. Pero, como supo decir un entonces presidente argentino para explicar una devaluación, *pasaron cosas*. Básicamente, una pandemia mundial. Su respuesta fue, como la de los *partenaires* anteriores, pasar la cuarentena bajo el mismo techo. La diferencia radicaba en que su relación era bastante más reciente.

Como habrán notado quienes hasta aquí leyeron, di por llamar a quienes protagonizan las parejas como *partenaires*. Esa figura, que tomo del mundo de la danza, permite aglutinar bajo su órbita una multiplicidad de vínculos muy diferentes: *novios y novias, chongos y chongas, levantes, con quien me veo, con quien salgo*, entre otras categorías, incluidas las más formalizadas *esposos y esposas*. El etiquetamiento vincular o la pregunta por el *qué somos* en una relación de pareja suele ser uno de los puntos que definen el vínculo que se viene ensamblando y puede contribuir a estabilizarlo más. Pensemos el momento en que alguien viene *viéndose* con otra persona desde hace unos meses y le invita a un cumpleaños de una amiga, adonde le presentará como *Mi novia* o *mi novio*. Además de la sorpresa más o menos grata que tendrá esa persona ahora revestida con la categoría de *novia* o *novio*, tendrá una certeza: qué son para quien osó ponerle un rótulo a la relación.

El arduo trabajo del etiquetamiento vincular no es algo que se da en el aire, sino que implica por lo general un conjunto de personas y cosas que contribuyen a su definición. En el hipotético ejemplo, esas amigas y esos amigos presentes en el cumpleaños ante quienes se presenta con tal categoría. Puede no incluir, de a ratos, tanta gente, cuando jugando se van preguntando qué son. O puede estabilizarse en torno a un objeto como un anillo de compromiso. Más allá de las diferencias y de las particularidades de que ese etiquetamiento vincular vaya modificándose con el devenir de la pareja, a la que, a su vez, le irá imprimiendo esos cambios, intento plantear un punto: la fragilidad de los vínculos de pareja.

Mi intención no es que se me emparente con la propuesta de quienes, con nostalgia, señalan cómo los lazos sociales de la modernidad tardía tienden a ser cada vez más débiles. Es cierto que pienso que los vínculos de pareja son frágiles y débiles. Pero esto no por sostener que alguna vez fueron lo suficientemente sólidos que la liquidez contemporánea⁸ destruyó. Por el contrario, considero que los vínculos de pareja —y habrá que pensar otro tipo de vinculaciones— también eran frágiles y débiles antes de que tanta liquidez nos ahogara. En la medida en que las parejas se conformen por algo tan sutilmente endeble como es el amor, están condenadas a su fragilidad. De allí que sea necesario un constante trabajo por parte de quienes la conforman, tanto como *partenaires*, como otras personas y cosas, para mantenerla unida. Uno de esos esfuerzos se traduce en la pregunta por el *qué somos*. Otro intento puede ser encontrar la manera de hacer frente a una pandemia y al desafío de cómo hacer para transitar esos días —semanas, y quizás meses— que dure el aislamiento. Entre las posibles respuestas, una convivencia *arrebata* puede ser una solución y una clave de ese esfuerzo por estabilizar eso que se viene ensamblando hace un tiempo: la pareja.

⁸ Para un ejemplo del diagnóstico sobre la liquidez de los vínculos contemporáneos, véase Bauman (2013).

Antes de cerrar, podría objetarse que los ejemplos que traigo a colación son todos de relaciones relativamente jóvenes —tanto por la edad de sus *partenaires* que rondan los veinte y tempranos treinta como por el tiempo que vienen saliendo. Pero una convivencia *arrebatada* también fue la forma en que Mauro y Juani decidieron hacer frente al coronavirus. Ellos llegaron a estar de novios durante diez años, hasta que por una serie de crisis referidas principalmente al intento de establecer un arreglo no monógamo que incluyó la presencia de terceros en la pareja terminó haciendo que en un viaje a una ciudad norteamericana se separaran. Después de casi un año de re-experimentar la soltería, Mauro y Juani volvieron a ser *novios*, siempre bajo el mismo formato: *taza, taza; cada cual en su casa*. En medio de la pandemia, nos mensajamos con Mauro y me cuenta que está en la habitación, encerrado, mientras Juani está dando —de manera online, obviamente— clases de danza en el living. Pues sí, decidieron que en épocas de pandemia, podría *estar bueno convivir*. Es cierto que bajo el puente de esta pareja había corrido mucha, bastante agua. Pero no deja de ser menos cierto que accedieron, como tantos otros y otras a *arrebatar* una convivencia.

Conclusiones: arrebatarse en un sentido descriptivo

Como dije en la introducción, el adjetivo *arrebatado* tiende a arrastrar un carácter peyorativo. Hacer algo de ese modo suele estar visto como un exabrupto o incluso una torpeza, que la quietud del diario del lunes nos permitirá evaluar. Mi intención es reivindicar el sentido descriptivo de ese término, sin imprimirle una crítica moralizante en absoluto. Considero, ahora ya sin las dudas del principio, que es el calificativo perfecto.

De seguirse la propuesta ensayada en este breve escrito, la pareja no puede ser tomada como algo dado y cerrado, sino como un constante proceso de ensamblaje de cosas y personas. Claro que ese continuo ejercicio de anudar y desanudar ofrece ciertos descansos, a partir de los mecanismos de estabilización: como puede ser la definición del tipo de relación que se mantiene, como puede ser la decisión de embarcarse en la aventura de la convivencia. Aventura que no considero esté exenta de problemas, pero tampoco significa, necesariamente, el fin del amor.

Las convivencias *arrebatadas* que se producen en tiempos de pandemia se inscribirán en las tramas específicas de distintos modos. Pero sin duda comparten algo: lo que el coronavirus hace, cómo lo hace y cuál es el mecanismo que decidieron las autoridades de distintos estados para detenerlo, el distanciamiento social. De todos modos, no debe pensarse que son solamente las pandemias y sus formas de intentar combatirlas las que *arrebatan las* convivencias. Pueden serlo las mudanzas a otros países como un proyecto de vida soñado o por motivos de un exilio. Pueden serlo la decisión de compartir un techo por sentirse muy a gustos, o por la necesidad económica que apremia los bolsillos. En fin, puede ser muchas cosas, pero siempre implica ese *arrebato*, ese salto en la trayectoria.

Dicho *arrebato*, en un sentido descriptivo, nos devuelve la imagen de la fragilidad de las parejas. Insisto, no porque las de antes hayan sido lo suficientemente duras, consistencia que las actuales han perdido. Por el contrario, porque establecer vinculaciones en nombre del amor descansa en un algo frágil, en una suerte de fino lazo que es necesario cuidar. Ese cuidado lleva trabajo. Trabajo que más o menos quienes alguna vez estuvimos en una relación de pareja constantemente estuvimos haciendo, a veces con mayor pesar que otras. Pero que nos recuerda que, parafraseando a Alberto Fernández, con el amor solo no alcanza, pero sin él no se puede. Pues, en última instancia, tal vez la decisión de convivir sea, la más de las veces, un *arrebato* de amor.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2013). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fromm, Erich (1981). *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Buenos Aires/Barcelona: Paidós.
- Illouz, Eva (2009). *El consumo de la utopía romántica el amor y las contradicciones del capitalismo*. Madrid/Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva (2012): *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz/ Capital Intelectual.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Zelizer, Viviana (2009). *La negociación de la intimidad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



Instituto de Altos
Estudios Sociales
IDAES_UNSAM